

La educación del peligro

Tiempo ha, discurriendo sobre el efecto psicológico de la bomba de Morral en el espíritu de la multitud madrileña; comentando la excitación poderosa que en todos produjo el atentado, repercutiendo en hechos de pánico y de locura, hasta llegar al apaleamiento de aquel flemático inglés—«que se parecía con el de la bomba por no usar bigote», al decir del polizone denunciante—tuve ocasión de decir que la calma fría y razonadora que se hace menester en los navegantes, cuando sin brújula; en los exploradores, cuando sin rumbo; en los generales, cuando en un campo de batalla; debiera de ser enseñada prácticamente en las escuelas públicas.

Aquel pánico y aquel miedo, aquella excitación que se traducía en mutua desconfianza, en feroz caza al hombre, probaba la necesidad de educar á las masas, frente al peligro imprevisto, como suelen educarse los ejércitos. Solamente la costumbre de encarar y dominar lo inesperado; solamente la facultad, vastamente desarrollada, de decir y hacer, sin vacilación, en el momento oportuno, puede evitar la repetición de repugnantes cuanto dolorosas escenas de que está llena la historia de los pueblos.

Esta idea vino á arraigarse más profundamente en mí cuando cierto periódico madrileño, comentando la orden municipal de clausurar un teatro de

la coronada villa, cuya construcción podía ser un verdadero peligro si en él llegase á declararse un incendio, dijo que tal medida no era necesaria, pues aquel teatro sólo era concurrido por personas de elevada categoría, cuya educación y buenos sentimientos constituirían la mejor garantía y seguridad, defendiéndose con ella la asistencia de las mismas.

Por extraña asociación de ideas, la bomba de Morral y el incendio del Bazar de Caridad, de París, acudieron á mi memoria, y la necesidad de una educación del peligro—llamémosla así—apareció á mi espíritu, con sólidos argumentos, cuya exactitud he tenido ocasión de comprobar, aplicándolos á todos los desastres que he podido recordar.

Nada más natural que la defensa propia; nada más espontáneo que el gesto supremo, inconsciente, que evita ó desvía un golpe que nos amaga. Ante la necesidad de defender la propia vida no valen razonamientos; es más, no se hacen. Todas las filosofías, todas las enseñanzas religiosas, morales, humanitarias, déjanse en olvido cuando un peligro nos amenaza; el más fatalista de los musulmanes, cuando cae al agua, puede murmurar su «estaba escrito», mas no dejará de extender los brazos, buscando algo á que agarrarse, y si lo encuentra, lo disputará, como cualquiera, considerando quizás que también estaba escrito el golpe asestado á otro náufrago menos afortunado.

La noble actitud del diplomático que en el naufragio del Sirio cede su salvavidas á una madre, merece más que aplausos; merece un estudio detenido. Ante todo, ese hombre pensó, razonó, esto es, el pánico no hizo presa en él, y esto es á lo que se trata de llegar, á la necesidad de educar el espíritu del hombre hasta mantener íntegra, soberana su razón y su conciencia; á sobreponerse al pánico propio del animal de la selva primitiva, pues

el animal doméstico no huye sin causa, es decir, sin que haya razonado sobre la posible existencia de un peligro. Hay, sí, la necesidad imperiosa de enseñar al hombre á mantener en el más perfecto equilibrio su razón y su calma, elevándole del bajo nivel general de hoy.

La costumbre lo hace todo; y así un hombre que no se haya embarcado nunca, temeroso del movimiento incesante del oleaje, temblará cuando pose el pie, sea en una frágil barquilla ó en un poderoso navío, y en cambio el marino y el hombre acostumbrado á los viajes por mar contemplará con indiferencia lo que para el otro será motivo de espanto. Supongamos esos dos hombres en un naufragio: el pusilánime, dado el accidente, sentirá crecer más poderoso el atavismo salvaje por la salvación propia, se apoderará de cualquier objeto, tratará de huir con él, defendiéndolo ferozmente, y se arrojará al agua mucho antes que haya tenido tiempo de calcular cuál era el mayor peligro y si la calma razonadora no hubiera hecho más por su salvación.

Otro hombre, á quien el frecuente trato con el mar, con todos sus accidentes y percances, con los sobresaltos de los primeros tiempos, el temor de un desastre primero, la seguridad y la confianza después, han dado la sangría fría tan indispensable, ese hombre tendrá otra manera de proceder, semejante á la que tienen todos los hombres, cuando se han educado en el peligro y para el peligro.

Ved el distinto procedimiento observado por quien no se ha educado en él y quien por él se educa: en una calle, en días de algarada, suenan disparos—la gente corre, huye, se desbanda, refúgiase en portales y tiendas, que se cierran con estrépito,—entre tanto los agentes de policía se dirigen al lugar del incidente, y á poco avanzan soldados, tranquilos, confiando en sí mismos, sin temor á lo que temen los demás.

La educación del peligro se hace hoy, inconscientemente, en el duro esfuerzo del trabajo diario; educanse en él militares y marinos, obreros de fábrica, campesinos y ganaderos, todos los que día á día, momento á momento, en lucha con la fatalidad contenida en la materia domesticada, cuya rebelión asume trágicos caracteres, vense precisados á decir y hacer, sin dilación, en un instante preciso, lo que más rápida é inmediatamente pueda contener un peligro.

Tiene esa educación el maquinista cuya serenidad no es más que una cambiante de la costumbre, y que con ella detiene el tren pocos metros antes del obstáculo fatal; tiene esa educación el gaucho, cuya práctica en el trato de los animales sabe hacerle ver la manera inmediata de detener un caballo desbocado; tiénela todos los obreros, todos los que lidian cara á cara con la muerte en la lucha por la vida, que de ella depende.

No recordó esto, sin duda, el periodista madrileño que puso toda garantía en la alcurnia y educación de las personas concurrentes á un teatro. En esto dícelo todo el trágico recuerdo del Bazar de Caridad, de París, en cuyo incendio los aristócratas franceses hicieron miserable papel. Entre tanto, la conducta del marmitón vecino, que rompiendo los hierros de una ventana salvó á gran número de personas, pone un elocuente contraste, y quizá nos permita ver la razón de su heroísmo, no en una mejor comprensión del deber humanitario, sino en la costumbre de vivir junto á las hornallas de la cocina, encontrando en el calor del incendio cercano el ambiente acostumbrado á que los jóvenes de salón no pudieron resistir.

El obrero, en diario contacto con la caldera, con el volante, con la madera frágil que se hunde, con la materia inflamable ó explosiva, adquiere la conciencia del peligro, que no tienen las demás personas; tal conciencia es un raciocinio y éste se ad-

quiere por medio de la educación, que no es otra cosa que la costumbre.

Dicen, y vi en cierta revista ilustrada, el ejercicio á que están sometidos los chicos que concurren á una escuela—yanqui ó alemana—donde á una voz de alarma todos pónense en pie, y en medio del mayor orden abandonan la clase, pudiendo quedar el enorme edificio vacío en menos de dos minutos. Esto que en esa escuela se hace como útil medida de previsión para el caso de un incendio, pudiera traer útiles resultados si obtuviera aplicación en todas las demás, continuándose por medio de una serie de ejercicios que desarrollaran en el hombre, desde niño, esa conciencia del peligro, sometida al razonamiento y á la calma.

Ese gran educador de la voluntad, que fué Emilio Zola, tiene en su novela *Paris* un rasgo de aquellos tan suyos en apoyo de esta idea, que á muchos podrá parecer disparatada.

En la novela del maestro de Medan, habla María, la más fuerte, sana y bella de sus mujeres.

«¡Qué excelente educación resulta la bicicleta para una mujer!... Si un día tengo una hija, desde los diez años la pondré sobre una bicicleta para que aprenda á ir por la vida. Ved esas muchachas que las madres crían junto á sus faldas. Todo les da miedo, se las priva de toda iniciativa, no se ejercita su juicio ni su voluntad, de modo que ni siquiera saben atravesar una calle, paralizadas por la idea de los obstáculos... Poned una, desde niña, sobre una bicicleta y dejadla ir por esos caminos: será necesario que ella abra los ojos, para ver y evitar el guijarro, para girar á tiempo, y en el buen sentido cuando un obstáculo se presenta. Un coche llega á galope, un peligro cualquiera se declara, é inmediatamente ella tendrá que decidirse, mano firme y segura, si no quiere perecer en él... En fin, ¿no hay ahí un continuo aprendizaje

de la voluntad, una admirable lección de conducta y defensa?»

Burla, burlando, era la «educación del peligro» la que establecía Zola; lo que él decía de la bicicleta puede ser aplicado á todo otro sport donde se haga necesario el ejercicio de la voluntad y del raciocinio. Esto, empero, no es todo; en la vida el peligro evitado no consiste siempre en ir un poco más hacia la derecha, un poco más hacia la izquierda. La gran mayoría de los peligros son más imprevistos y tienen el fatídico don de causar una mayor conmoción en el individuo, sembrando el pánico entre la multitud. ¿Por qué no educar á ésta como en aquella escuela yanqui ó alemana anteriormente citada?

Visitas á fábricas y talleres, ejercicios gimnásticos, excursiones por mar y por tierra, uso de deportes como la natación, la bicicleta y el automóvil á grandes velocidades, y á veces—imprevistamente—en medio de otros estudios y de otros juegos, simulacros de accidentes—¿por qué no?—simulacros de accidentes, donde la actividad y sangre fría de los niños fueran debidamente puestas á prueba.

Para los timoratos, los eternos pusilánimes, todo esto no pasará de una idea pretenciosamente moderna; pero... quizás poniéndola en práctica, educando así á nuestros hijos, llegáramos á resolver el doloroso y fatídico problema de las necias multitudes, presas del pánico, apavoradas y enloquecidas, brutales como rebaños rabiosos.

Los golfos madrileños, que después del atentado de Morral jugaban «á las bombas», lanzando en plena calle pequeños petardos é imitando la hecatombe de la calle Mayor eran inconscientes educadores de su voluntad y de su energía. Las autoridades prohibieron ese juego, como lo prohíben todo, no para evitar peligros, sino—con toda inconsciencia—para evitar que los chicos al

acostumbrarse á no temer el peligro, jugando con lo imprevisto, que es la fatalidad, pudieran dejar de confiar en ellos, únicos que creen poder desviar los peligros que al hombre acechan.

Y, entretanto, podemos afirmarlo, habríase caminado un largo, muy largo trecho, en la marcha civilizadora, si tales ideas prosperasen, y el individuo se acostumbrara á encarar el peligro y dominarlo con mano firme y audaz, venciendo el espanto del primer momento por la costumbre de haber presenciado casos parecidos. Todo se reduce á aplicar en los usos de la vida el criterio del cirujano á quien sus largos años de vida hospitalaria han dado la costumbre de la crueldad que salva, ahogando, á fuerza de repetirse, los escrúpulos y aspavientos del estudiante que por primera vez se aproxima á la mesa de disección.